



DIALOGO ENTRE CRISTO Y EL ALMA.

Cristianos y redimidos
por Jesus, suma clemencia,
si en vicios estais metidos,
despertad vuestros sentidos,
y examinad la conciencia.

Mirad que la muerte viene
muy amenudo y esenta,
que un punto no se detiene;
y que Jesucristo tiene
de pedir estrecha cuenta.

Los Reyes y Emperadores,
los Papas y Cardenales,
Caballeros y Señores,
grandes, medianos, menores,
todos han de ser iguales.

Allí no vale tener
riquezas, fausto ni galas:
iguales hemos de ser
ante Dios, do se han de ver
las obras buenas ó malas.

Y pñes con tan alta voz
llama nuestro Presidente,
note la cristiana gente

la despedida feroz
que el Alma del Cuerpo siente.
Cuerpo.

Recuerda, ó Alma dormida,
de mundanos vicios harta,
que ya es la hora venida
de dar fin á nuestra vida,
pues la muerte nos aparta.

Los deleytes mas gustosos,
Alma, ya son acabados,
y aquellos faustos pomposos,
y los dias mas sabrosos,
con los regalos sobrados.

El vestido guarnecido
de terciopelo y brocado,
y el caballo enjaezado,
las armas y arnés lucido,
y espadin sobredorado.

Aquel cazar por oteros
con devaneos y risa,
con perros y vallerteros,
corriendo como moteros
las fiestas, sin oir misa.

En esto te egercitabas,
y era tu delectacion:
mas de la misa y sermón,
Alma, por qué no curabas,
que es senda de salvacion?

Y pues la hora es llegada
de mi fin y de mi guerra,
tú serás de Dios juzgada,
y mi carne sepultada
en el centro de la tierra.

Alma.

O Cuerpo cruel y perverso,
causa de todos mis daños,
autor de cien mil engaños,
ahora quieres serme adverso,
al cabo de tantos años?

Yo por tu boca mentí,
y comí tan demasiado:
por tus orejas oí,
con ambos tus pies corrí
á lo que me fue vedado.

Yo con tus manos así
cosas sucias y dañadas:
tambien con tus ojos ví
las partes do me perdí,
por seguir yo tus pisadas.

De continuo te buscaba
apetito en los manjares:
siempre el comer te sobraba,
y tus tristezas quitaba
con músicas y juglares.

Mientras te daba mas vicios,
me ordenabas mas tricion:
Cuerpo, no tienes razon,
en pago de buen servicio,
darne tan mal galardón.

Cuerpo.

Eso de comidas ciertas,
con las viandas sobradas,
fueran mas bien empleadas
cuando llegaba á tus puertas
el pobre dando aldabadas.

Te desnudabas á ti
de toda gracia divina,
y con música maligna
me gorgeabas á mí,
que soy hedionda piscina.

Dices que yo te engañé:

* por cierto tú te engañaste,
y de ti misma burlaste;
Alma, yo no te engañé,
que tú misma te engañaste.

O Alma! yo tierra soy,
y pesado como plomo,
y por do me llevas voy;
donde tú estás, allí estoy;
cuanto me das, tanto tomo.

Tú como norte guiaste,
y como señora hiciste:
si pequé, tú consentiste;
si mal hice, tú otorgaste;
y si erré, tú lo quisiste.

Si ayunaras, yo ayunara,
y si fueras al desierto,
Alma, yo te acompañara,
y no te huyera la cara;
esto téngaslo por cierto.

Pues en deleytes te viste,
gusta de la hiel amarga;
y pues no te arrepentiste,
ni penitencias hiciste,
llévate toda la carga.

Alma. O pestífera piscina,
cieno sucio atosigado.
al herizo comparado,
que esconde el rostro, y espina
con su cuerpo enherizado.

Todos los bienes del cielo
me encubriste y me tapaste,
y con vicios me enseñaste
los deleytes de este suelo,
con los cuales me engañaste.

Ay de mí, que me cubrí
con tan engañosa rama!
mas yo te comparo á tí
al estiércol, que entre sí
se quema, sin salir llama.

Si tus fuegos bariuntara,
que tan encubiertos son,
yo triste los atajara
con lágrimas que llorara,
salidas del corazón.

Ay cómo siento mi pena,
y me se acerca el morir!
ó quién pudiera vivir
tan solo una cuarentena

para llorar y gemir!

Cuerpo, pues te acompañé
en el mundo tantos años,
no te vayas, déjme
solo un año, para que
llore mis vicios y daños.

Cuerpo.

Tarde acuerdas, Alma triste:
tus obras han sido varias;
mil jubileos perdiste,
y muchas euaresmas viste
con indulgencias plenarias.

Perdiste como perdida
aquel tesoro sagrado,
de Jesucristo enviado;
y ahora al fin de la vida
lloras el fin que ha pasado.

Debieras considerar,
como tu madre murió,
y el padre que te engendró,
y que por tí ha de pasar
lo que por ellos pasó.

Y que yo que soy mortal,
y que mis herencias son
una pala y azadon,
do servirá liberal
en mi fausto un esporton.

Y que de tela muy baja,
ó de sábana podrida,
ha de serme proveida
una mísera mortaja,
en acabando la vida.

O Alma! tú bien pudieras
heredar bien sempiterno,
si penitencias hicieras;
mas por tus maldades fieras
heredarás el infierno.

Alma.

Fantasma espantable y fiera,
vision hecha de dos caras,
descomparada quimera,
si acusadores no hubiera,
tú, perverso, me acusaras.

Ya que yo haya ofendido
á la Magestad gloriosa,
como ingrata y alevosa,
en algo le habré servido,
aunque es muy pequeña cosa.

A mis amigos y hermanos,
é hijos administré;
doctrina les ensñé,
con avisos soberanos
de Dios y su santa fe.

Y cuando alguno pecaba
contra el sacro Redentor,
y el santo nombre juraba,
yo sus vicios le retaba
con doctrina del Señor.

Cuerpo. Has vivido comparada
á tablilla de Ventero,
que convida con posada,
y ella se queda colgada
al granizo y ventisquero.

Si tuviste por costumbre
de dar doctrinas así
de la soberana cumbre;
por qué, como dabas lumbre,
no guardabas para tí?

Si el pecado venial
del prógimo reprendias,
Alma, dí, cómo no vias
el gran pecado mortal,
en que tú siempre asistias?

Delante Dios verdadero
será acusado tu mal,
do verás tu daño entero;
no por espejo de acero,
sino por claro cristal.

No te ha de valer la hacienda,
ni el número de ducados:
ni vale el volver la rienda,
pues te engolfaste en la senda
de los malaventurados.

Allí pagarás tu culpa
de cuantos males hiciste,
pues harto tiempo tuviste
de penitencia y disculpa
en los años que viviste.

Alma.

Si tanto tiempo he vivido
sepultada siempre en tí,
mejor fuera para mí
que te hubiera aborrecido
desde que te conocí.

Con qué vergüenza que iré
delante del Juez divino,



pues ofendido le he!
A qué Santo nombraré
que quiera ser mi padrino?

Mi vivir ha sido vario,
que á ningún Santo ayuné:
llorando pongo mi fe
en vos, Virgen del Rosario,
pues la corona os recé.

Oracion del Alma.

Soberana y bella Aurora,
Virgen y Madre de Dios,
ahora es tiempo, Señora,
que seais mi intercesora,
y por mí roguéis á Dios.

Suplicoo, Virgen y Madre,
preciosa flor de las flores,
roguéis á vuestros amores,
Jesus mi piadoso Padre,
que perdone mis errores.

Y que me quiera dejar
algun tiempo limitado,
para que pueda llorar,
gemir y penitenciar
mi grave culpa y pecado.

La Virgen.

Hijo mio y mi Señor,
el Anima pecadora
me llama con gran fervor,
pidiéndome por mi amor,
que sea su intercesora.

Suplico con humildad,
soberano Rey eterno,
que tengais de ella piedad,
y que vuestra Magestad
no la condene al infierno.

Cristo.

Madre, harto tiempo la dí
de vida, y no se enmendó:
y pues de mí se apartó,
no la quiero para mí,
pues penitencia no obró.

Mis tesoros celestiales
quiero para los contritos,
que en servirme son leales,
y sus bienes temporales
parten con los pobrecitos.

La vida le dí sobrada,

salud y bastante hacienda;
al pobre no le dió nada,
ni quiso ser adornada
de penitencia y enmienda.

La Virgen.

Dulcísimo Emperadör,
pues estoy yo de por medio,
cese ya vuestro rigor,
y os suplico por mi amor,
que le deis todo remedio.

Muchas veces me rezó
mi rosario esclarecido:
con fe viva me llamó,
y siempre me suplicó,
que no la tenga en olvido.

Por la leche que mamasteis,
Hijo, de mis castos pechos,
por el vientre en que encarnasteis,
por la pision que pasasteis
por nuestro bien y provecho:

Que la queráis esperar
á que haga penitencia,
y sane de su dolencia,
con oracion y ayunar,
con vigilia y penitencia.

Pues me demanda favores,
perdonada, dulce Padre,
de sus delitos y errores,
que yo por los pecadores
he de rogar como Madre.

Cristo.

Clemente Madre piadosa,
pues que vos me lo rogais,
hágase cuanto mandais,
que jamás os negué cosa
de cuanto me suplicais.

El Autor.

Gózate, ó Alma cristiana,
con tan santo regocijo,
pues la Virgen soberana
benignamente nos gana
perdon de su santo Hijo.

Vuelve, Cristiano, la rienda,
deja el mundo que es escoria,
y camina por la senda
de la verdadera enmienda,
que es camino de la gloria.

F I N.

Valencia: Por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolsería, núm. 18.